

Mínimos peces

Lisa Brennan-Jobs



Lisa Brennan-Jobs

MÍNIMOS PECES

Traducción de Gastón Navarro



“Hermoso, literario y devastador”.

THE NEW YORK TIMES

“Un libro de gran habilidad literaria”.

THE NEW YORKER

“Extraordinaria. Una historia dolorosa y exquisitamente
contada”.

PEOPLE

Cuando *Mínimos peces* se publicó en Estados Unidos, todo el mundo esperaba un despiadado ajuste de cuentas de la autora con su padre, el mítico Steve Jobs. Durante años se había negado a reconocerla, sin privarse de declarar crueldades: por ejemplo, que el 28% de los hombres de Estados Unidos podían ser el padre de Lisa, como le dijo a la revista Time.

Pero apenas uno empieza a leerlo descubre que este libro es otra cosa; primordialmente, algo mucho, mucho mejor. Memorias que tienen el pulso y la sustancia de una conmovedora novela de aprendizaje, es un relato de la California hippie de los setenta y los ochenta, de los

sentimientos y los deseos de una joven que habita dos mundos contrapuestos (el lujoso, exigente y a menudo frío e impredecible del mítico Jobs; el caótico, disperso y volcánico de su madre), de la búsqueda de su lugar y del largo peregrinar emocional hasta encontrarlo.

Elegante, intensa y por momentos desgarradora, en *Mínimos peces* hay inteligencia en lugar de rencor; dolor y afán de comprensión, y no venganza. Es la crónica de un amor difícil entre padre e hija, y también, naturalmente, un retrato desconocido de Steve Jobs, de su intimidad y su mundo. Acaso por la suma de estas virtudes, por su originalidad y su compromiso literario, fue elegido el mejor libro del año por Amazon y Publishers Weekly.

Brennan-Jobs, Lisa

Mínimos peces / Lisa Brennan-Jobs. - 1ª ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Edhasa,
2021.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

Traducción de: Gastón Navarro.

ISBN 978-987-628-624-4

1. Narrativa Estadounidense. 2. Novelas
Biográficas. I. Navarro, Gastón, trad. II. Título.
CDD 813

Título original: *Small Fry*

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Edición en formato digital: agosto de 2021

© Lisa Brennan-Jobs, 2018

© de la traducción Gastón Navarro, 2021

© de la presente edición Edhasa, 2021

Avda. Córdoba 744, 2º piso C

C1054AAT Capital Federal

Tel. (11) 50 327 069

Argentina

E-mail: info@edhasa.com.ar

<http://www.edhasa.com.ar>

Diputación, 262, 2º 1ª, 08007, Barcelona

E-mail: info@edhasa.es

<http://www.edhasa.es>

ISBN 978-987-628-624-4

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright* bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Conversión a formato digital: Libresque

Índice

Cubierta
Portada
Sobre este libro
Créditos
Dedicatoria
Epígrafe
Hippies
Las líneas de la vida
Vamos a divertirnos
Pececito
Escapar de casa
Pequeña nación
Nada útil
Volar
Coda
Agradecimientos
Sobre la autora

Para Bill

Tercer pescador: Patrón, no me explico cómo viven los peces en el mar.

Primer pescador: Pues del mismo modo que los hombres en la tierra: los más grandes se comen a los más pequeños. Nuestros ricos y avaros sólo pueden compararse con las ballenas; juegan y retozan para que los pececitos se les pongan adelante, y luego se los engullen de un bocado. He oído decir que estas ballenas de tierra no cierran la boca hasta haber devorado la parroquia entera, con iglesia, torre, campanas, todo.

Shakespeare, *Pericles*

Era una experiencia extraña ser el origen no reconocido de esta atracción pública y estar bajo la lluvia helada... me hacía sentir como una presencia fantasmal.

Saul Bellow, *El legado de Humboldt*

Tres meses antes de que mi padre muriera, empecé a robar cosas de su casa. Deambulaba por allí descalza y me guardaba cosas en los bolsillos. Me llevé polvo de rubor, pasta de dientes, dos cuencos descascarados de celadón azul, un frasco de esmalte de uñas, un par de zapatillas de ballet gastadas y cuatro fundas de almohadas blancas, desteñidas, del color de una vieja dentadura.

Después de robar, me sentía satisfecha. Me prometía que iba a ser última vez. Pero enseguida, como el efecto de la sed, volvía el impulso de llevarme algo más.

Entré en puntas de pie a su habitación, con cuidado de no pisar las maderas de la entrada, que crujían. Aquella habitación había sido su estudio cuando todavía podía subir las escaleras, pero ahora dormía allí. Estaba repleta de libros, correspondencia y frascos de medicamentos; manzanas de cristal, manzanas de madera; premios y revistas y pilas de papeles. Había unos grabados de Hasui, enmarcados, del crepúsculo y la puesta del sol en los templos. Una mancha de luz rosada se extendía sobre la pared a su lado.

Estaba recostado en la cama, en pantalones cortos. Tenía las piernas descubiertas y delgadas como brazos, extendidas como las de un saltamontes.

—Hola, Lis —dijo.

Segyu Rinpoche estaba a su lado. Había estado aquí hace poco, cuando vine de visita. Rinpoche, un hombre bajo, oriundo de Brasil, de ojos castaños brillantes, era un monje budista de voz áspera, que usaba túnicas pardas sobre un vientre redondo. Lo llamábamos por su título. Hoy en día los hombres santos también nacen en Occidente, en lugares como Brasil. A mí no me parecía un santo: no parecía distante ni inescrutable. Junto a nosotros, una oscura bolsa de nutrientes zumbaba al ritmo de un motor y una bomba, mientras la sonda desaparecía en algún lugar debajo de las sábanas.

—Es una buena idea masajear los pies —dijo Rinpoche, colocando las manos sobre uno de los pies de mi padre—. Así.

No entendí si tenía que masajear los pies de mi padre, los míos, o los de ambos.

—De acuerdo —dije, y tomé el otro pie, envuelto en un calcetín grueso. Era raro ver el rostro de mi padre, porque cuando hacía una mueca de dolor o de disgusto, su expresión se parecía a cuando esbozaba una sonrisa.

—Se siente bien —dijo él, cerrando los ojos.

Miré la cómoda y luego los estantes al otro lado de la habitación, en busca de algo que quisiera llevarme, aunque sabía que no me iba a atrever a robar algo estando él allí.

Mientras mi padre dormía, yo deambulaba por la casa, buscando no sé bien qué. Había una enfermera sentada en

el sofá de la sala de estar, con las manos apoyadas sobre el regazo, a la espera de que mi padre la llamara. La casa estaba tranquila, los sonidos apagados, las paredes de ladrillo pintadas de blanco tenían pequeños agujeros, como almohadones. El piso de terracota estaba fresco bajo los pies, salvo en los lugares donde el sol lo había calentado a la temperatura de la piel.

En el mueble del cuarto de baño, cerca de la cocina, donde solía haber un ejemplar deshojado del *Bhagavad Gita*, encontré un vaporizador de loción facial bastante caro. Con la puerta cerrada y la luz apagada, sentada en la tapa del inodoro, rocié el aire y cerré los ojos. El agua cayó sobre mí, fresca e inmaculada, como si estuviera en un bosque o en una vieja iglesia de piedra.

También había un pequeño tubo plateado de brillo de labios con un extremo en forma de pincel y el otro con un mecanismo que enviaba líquido hacia el centro del aplicador. No tenía más remedio que llevármelo. Me guardé el brillo en el bolsillo antes de volver al departamento de una habitación en Greenwich Village que compartía con mi novio; si alguna vez estuve segura de algo, fue de que ese brillo iba a llenar mi vida. Mientras evitaba cruzarme en la casa con la empleada doméstica, con mi hermano, mis hermanas y mi madrastra, de modo que no me descubrieran robando o me mortificaran al no reparar en mi presencia o no devolverme el saludo, y me rociaba con loción en la oscuridad del baño para atenuar la sensación de estar desapareciendo —porque dentro de la nube de

rocío sentía que volvía a adquirir relieve—, los esfuerzos por ver a mi padre enfermo en su habitación empezaron a parecerme una carga, una molestia. Durante el último año lo visité un fin de semana cada dos meses, o algo así.

Había renunciado a la posibilidad de una reconciliación a lo grande, como en las películas, pero de todos modos seguía yendo a verlo.

Entre una visita y otra veía a mi padre por toda Nueva York. Lo veía sentado en un cine: la curva *exacta* de su cuello, su mandíbula y sus pómulos. Lo veía mientras corría junto al Río Hudson; en invierno, sentado en un banco, mirando los botes amarrados; también lo veía en el subterráneo, durante los viajes al trabajo, perdiéndose en el andén a través de la multitud. Hombres delgados, de piel cetrina, de dedos finos y muñecas delicadas, de barba incipiente que, vistos desde cierto ángulo, se parecían a él. Cada vez que me acercaba a alguien para comprobar si era mi padre, el corazón me daba un vuelco; sabía que no podía ser él, porque estaba enfermo en una cama, en California.

Antes de esto, durante los años en los que apenas hablábamos, había visto fotografías suyas por todas partes. El hecho de ver sus fotografías me provocaba un raro entusiasmo. Una sensación similar a la de ver mi propio reflejo en un espejo al otro lado de la habitación y confundirme con otra persona, para luego comprender que era mi rostro: allí estaba él, mirándome desde las revistas, desde los periódicos y las pantallas de cualquier ciudad en

la que estuviera. *Ese es mi padre y nadie lo sabe, pero es verdad.*

Antes de despedirme fui una vez más al baño a rociarme con loción. Era una loción orgánica, de modo que después de unos minutos ya no olía vivamente a rosas, sino a pantano fétido y apestoso, cosa que no advertí en ese momento.

Cuando entré en la habitación él estaba poniéndose de pie. Lo vi aferrarse las piernas con un brazo, girar noventa grados empujándose contra la cabecera con el otro brazo, y luego usar ambos para levantar las piernas sobre el borde de la cama hacia el piso. Cuando nos abrazamos sentí sus vértebras, sus costillas. Olía a humedad, a sudor de las medicinas.

—Volveré pronto —le dije.

Nos separamos y empecé a alejarme.

—¿Lis?

—¿Sí?

—Hueles a inodoro.

Hippies

Cuando tenía siete años mi madre y yo nos habíamos mudado ya trece veces.

Alquilábamos de manera informal; un día nos quedábamos en la habitación amoblada de un amigo y otro día en uno de esos lugares temporarios. El último sitio dejó de ser apropiado cuando alguien, sin previo aviso, decidió vender la heladera. Al día siguiente mi madre llamó a mi padre, le pidió más dinero y él accedió a aumentar el monto de la cuota alimentaria a doscientos dólares mensuales. Volvimos a mudarnos, esta vez a un departamento en la planta baja de un pequeño edificio en la parte trasera de una casa en la Avenida Channing, en Palo Alto, el primer lugar que mi madre alquiló a su nombre. El departamento era sólo para nosotras.

La casa frente a nuestro departamento era de estilo artesanal, de color marrón oscuro, con una hiedra cubierta de polvo donde alguna vez pudo haber crecido la hierba, y dos arbustos bajos, inclinados, que casi tocaban el suelo. Las telarañas se extendían entre los árboles y la hiedra, recolectando polen que resplandecía de blanco brillante bajo el sol. Desde la calle no se veía el complejo de departamentos que había detrás de la casa.

Antes habíamos vivido en pueblos cercanos —Menlo Park, Los Altos, Portola Valley—, pero Palo Alto llegaría a ser nuestro hogar. Aquí la tierra era negra, húmeda y fragante; debajo de las rocas había pequeños insectos rojos, gusanos rosados y cenicientos, ciempiés delgados, y bichos bolita de color pizarra que se contraían en sus esferas acorazadas cuando los molestaba. El aire olía a eucalipto y a tierra templada por el sol, a humedad, a hierba recién cortada. Las vías férreas dividían la ciudad; junto a ellas se encontraba la Universidad de Stanford, con su gran óvalo de hierba y su capilla rematada en oro al final de un camino bordeado de palmeras.

El día que nos mudamos, mi madre estacionó frente a la casa y llevamos nuestras cosas: utensilios de cocina, un futón, un escritorio, una mecedora, lámparas y libros.

—Por cosas así los nómades nunca terminan nada —dijo, arrastrando una caja a través de la puerta, con el pelo revuelto y las manos salpicadas de fijador blanco—: no se quedan en el mismo lugar el tiempo suficiente como para construir algo que dure.

La sala de estar tenía una puerta de vidrio corrediza que daba a un pequeño porche. Más allá del porche había una parcela de hierba seca y cardos, un arbusto bajo y una higuera —ambos largos y delgados— y una fila de bambú, del que mi madre dijo que era difícil deshacerse una vez que echaba raíces.

Cuando terminamos de descargar, ella permaneció de pie allí, con las manos en la cintura, e inspeccionamos la

habitación: incluso con todas nuestras cosas, la casa seguía pareciendo vacía.

Al día siguiente, llamó a mi padre a su oficina para pedirle ayuda.

—Elaine vendrá con la camioneta... Iremos a lo de tu padre a buscar un sofá —me dijo unos días más tarde. Mi padre vivía cerca de Saratoga, en Monte Sereno, un suburbio a media hora de distancia. Yo nunca había ido a su casa u oído hablar del lugar donde vivía... sólo lo había visto a él un par de veces.

Me dijo que él le había ofrecido un sofá que no usaba. Pero, agregó mi madre, si no íbamos pronto a buscarlo él acabaría deshaciéndose del sofá o retiraría la oferta. ¿Y quién sabía cuándo volveríamos a tener a nuestra disposición la camioneta de Elaine?

Yo iba a la misma clase de primer grado que los mellizos de Elaine, un niño y una niña. Elaine era mayor que mi madre, tenía el cabello negro ondulado y algunos mechones sueltos que, bajo cierta luz, creaban un halo alrededor de su cabeza. Mi madre era joven, sensible y luminosa, y no tenía ni el marido, ni la casa ni la familia de Elaine. Pero me tenía a mí, y yo tenía dos tareas: en primer lugar, protegerla, de manera que ella pudiera protegerme a mí; en segundo lugar, forjarla y endurecerla para que pudiera enfrentarse al mundo, exactamente del mismo modo que lijamos una superficie para que pueda adherirse la pintura.

—¿Izquierda o derecha? —preguntaba una y otra vez Elaine. Estaba apurada, tenía una cita con el doctor. Mi madre, que es disléxica, insistía en que esa no era la razón por la que evitaba los mapas. Decía que llevaba los mapas adentro de ella; podía encontrar el camino de vuelta a cualquier lugar donde hubiera estado, aun cuando tuviera que dar algunas vueltas para orientarse. Pero a menudo nos perdíamos.

—A la izquierda —dijo—. No, a la derecha. Espera. De acuerdo, a la izquierda.

Elaine estaba un poco molesta, pero mi madre no se disculpó. Actuaba como si fuéramos iguales a las personas que nos salvan.

El sol me doraba las piernas. El aire estaba húmedo y pesado y me hacía picar la nariz con el fuerte aroma del laurel y de la tierra. Las colinas de los pueblos vecinos de Palo Alto se habían formado a través de desplazamientos subterráneos, a través de la fricción de las placas.

—Debemos estar cerca de la falla —dijo mi madre—. Si ahora mismo hubiera un terremoto, nos tragaría.

Encontramos el camino y luego la entrada arbolada, con hierba en el extremo, de la casa de mi padre. Un círculo de césped radiante con pequeños brotes que debían sentirse suaves bajo los pies. Era una casa de dos pisos, con techo a dos aguas y tejas oscuras sobre estuco blanco. Las grandes ventanas hacían centellear la luz. Era el tipo de casa que yo solía dibujar en mis cuadernos. Tocamos timbre y

esperamos, pero no atendió nadie. Mi madre intentó abrir la puerta.

—Cerrada —dijo—. Maldición. Apuesto que no va a aparecer.

Dio algunas vueltas alrededor de la casa, revisando las ventanas, tratando de abrir la puerta trasera.

—¡Cerrada! —exclamó de nuevo. Yo no estaba segura de que esa fuera realmente la casa de mi padre.

Volvió a la entrada y miró hacia las ventanas, demasiado altas.

—Voy a intentar por allí —dijo. Se paró sobre un aspersor y luego sobre un tubo de desagüe, se aferró al borde del alféizar y se pegó contra la pared. Encontró donde poner las manos y los pies, miró hacia arriba y trepó.

Elaine y yo la observábamos. Me aterrorizaba la idea de que se cayera.

Se suponía que mi padre debería abrir la puerta e invitarnos a pasar.

Tal vez nos mostraría otros muebles que le sobraban y nos invitaría a volver a visitarlo.

Pero, en cambio, mi madre trepaba la casa: como una ladrona.

—Vámonos —grité—. No deberíamos estar acá.

—Espero que no haya alarma —dijo ella.

Llegó a la cornisa. Contuve la respiración, esperando que empezara a sonar una sirena, pero todo siguió tan tranquilo como antes. Quitó el pestillo de la ventana, que se abrió con un chillido, y desapareció, una pierna primero, después

la otra, para salir unos segundos después por la puerta de entrada, directo a la luz del día.

—¡Estamos adentro! —exclamó. Miré a través de la puerta: la luz se reflejaba sobre los pisos de madera, en los techos altos. Espacios frescos y vacíos. Ese día, y desde entonces, asocié a mi padre con fuentes de luz proyectada a través de los ventanales, con la sombra en la profundidad de las habitaciones, y con el aroma húmedo y dulzón del moho y el incienso.

Mi madre y Elaine sujetaron el sofá, lo hicieron pasar por la puerta y lo llevaron escaleras abajo.

—No pesa mucho —dijo mi madre. Me pidió que me hiciera a un lado. Una gruesa estructura de rafia tejida sostenía el tapizado de lino. Los almohadones eran de color crema, brillantes, salpicados de flores rojas, anaranjadas y azules: durante años jugué con los bordes de los pétalos, tratando de hundir las uñas en los extremos pintados.

Elaine y ella se movieron rápido y muy seriamente, como si estuvieran enojadas; a mi madre se le soltó un rizo del cabello de la cinta que lo sujetaba. Luego de meter el sofá en la parte trasera de la camioneta, volvieron a entrar a la casa y salieron con un sillón y una otomana que hacían juego.

—Bien, vámonos —dijo mi madre.

La parte trasera de la camioneta estaba llena, así que me senté adelante, en su regazo. Estaban frenéticas. Tenían los muebles y Elaine no llegaría tarde a su cita con el doctor.

Eso explicaba mi estado de alerta y preocupación: llegar a este momento y ver a mi madre alegre y contenta.

Elaine salió del camino de entrada y tomó una carretera de dos manos. Un momento después, dos autos de policía pasaron a toda velocidad junto a nosotras, en dirección contraria.

—¡Tal vez nos buscan a nosotras! —dijo Elaine.

—¡Podríamos haber terminado en la cárcel! —respondió mi madre, entre risas.

Yo no lograba entender su actitud desenfadada. Si íbamos a la cárcel, iban a separarnos. Hasta donde sabía, los niños y los adultos no compartían las mismas celdas.

Al día siguiente llamó mi padre.

—Oye, ¿tú entraste a la casa y te llevaste el sofá? —preguntó. Se reía. Dijo que tenía una de esas alarmas silenciosas. Había sonado en la estación de policía local y cuatro patrullas se precipitaron a la casa, justo después de que nos marchamos.

—Sí, fuimos nosotras —dijo ella, alardeando. Durante años me persiguió la idea de la alarma silenciosa y lo cerca que estuvimos del peligro sin saberlo.



Mis padres se conocieron en el bachillerato Homestead, en Cupertino, California, en la primavera de 1972, cuando él estaba en el último año y ella en tercero.

Los miércoles por la noche, junto con un grupo de amigos, mi madre animaba una película estudiantil en el patio de la escuela. Una de esas noches, mi padre se le acercó mientras ella estaba de pie, bajo las luces, esperando para mover los personajes de arcilla, y le entregó una página con una letra de Bob Dylan que él mismo había tipeado, “Sad-Eyed Lady of the Lowlands”.

—Devuélvemela cuando termines —dijo él.

Mi padre volvió todas las noches que mi madre pasó allí y colaboró sosteniendo unas velas para que ella pudiera dibujar entre tomas.

Ese verano vivieron juntos en una cabaña al final de la calle Stevens Canyon, que mi padre pagaba con la venta de lo que llamaban *blueboxes*, unos artilugios que fabricaba junto con su amigo Woz. Woz era un ingeniero unos años mayor que mi padre, tímido e intenso, de cabello oscuro. Se habían conocido en un club de tecnología y se hicieron amigos y colaboradores, y más tarde fundaron Apple juntos. Los *blueboxes* emitían unos tonos que permitían realizar llamadas telefónicas gratuitas, de manera ilegal. En la biblioteca habían descubierto un libro de la propia compañía de teléfonos en el que explicaba el sistema y la

serie exacta de tonos que se necesitaban. Bastaba con sostener el dispositivo junto al tubo, dejar que emitiera una serie de tonos, y la compañía de teléfonos conectaba la llamada con el lugar del mundo que uno deseara. Los vecinos de la cabaña donde vivían mis padres tenían unas cabras muy agresivas, y cuando llegaban a la casa en auto mi padre las distraía mientras ella corría hacia la puerta de entrada, o bien iba hacia el otro lado del auto y la cargaba en brazos.

Para entonces, los padres de mi madre se habían divorciado; mi abuela sufría una enfermedad mental que la hacía comportarse cada vez con mayor crueldad. Mi madre iba y venía de una casa a la otra; mi abuelo no estaba casi nunca, ya que viajaba por trabajo. Él no aprobaba que mis padres vivieran juntos, pero no intentó impedirlo. Al padre de mi padre, Paul, le indignaba la idea, pero su madre, Clara, era una mujer amable, y fue la única que aceptó ir una noche a cenar con ellos. Le prepararon sopa Campbell, espaguetis y ensalada.

En el otoño, mi padre se marchó al Reed College, en Oregon, al que asistió durante unos seis meses antes de abandonarlo. Mis padres se separaron; en realidad, según mi madre, no llegaron a hablar del asunto, de la relación o de la separación, y ella empezó a salir con alguien. Cuando mi padre se dio cuenta de que mi madre iba a dejarlo, se disgustó tanto que, según ella, apenas podía caminar; lo hacía encorvado hacia adelante. Me sorprendió enterarme de que fue ella quien lo dejó; y más tarde me pregunté si la

ruptura no habrá sido uno de los motivos por los que él se comportó de modo vengativo con ella después de mi nacimiento. Por entonces él estaba perdido, dijo mi madre; había abandonado la universidad y la extrañaba incluso cuando estaba junto a ella.

Mis padres viajaron a la India por separado. Él recorrió el país durante seis meses; y ella hizo lo mismo al año siguiente. Más tarde él me contó que había ido a India para conocer al gurú Neem Karoli Baba, pero cuando llegó el maestro ya había muerto. De todos modos dejaron que mi padre se quedara algunos días en el ashram donde vivía el gurú, en una habitación blanca en la que sólo había una cama y un volumen del libro llamado *Autobiografía de un yogui*.

Dos años más tarde, cuando Apple —la compañía que mi padre había fundado junto con Woz— estaba en sus comienzos, mis padres volvieron a estar juntos, y se fueron a vivir a una casa estilo rancho de color marrón oscuro en Cupertino, junto con un hombre llamado Daniel que, al igual que ellos, también trabajaba en la compañía. Mi madre estaba a cargo del área de embalaje. Hacía poco había tomado la decisión de ahorrar para irse de los suburbios y dejar a mi padre, que estaba de un humor sombrío, y conseguir un trabajo en Good Earth, en Palo Alto, un restaurante de comida saludable en la esquina de la Avenida University y la calle Emerson. Mi madre se había colocado un DIU, pero se le había salido sin que se

diera cuenta —como sucede en raras ocasiones luego de colocarlo—, y descubrió que estaba embarazada.

Se lo contó a mi padre al día siguiente, en medio de la cocina. No había muebles allí, sólo una alfombra. Cuando se lo dijo, él la miró lleno de furia, apretó los dientes y se fue dando un portazo. Salió en coche; más tarde ella pensó que él debió haber ido a ver a un abogado, y que el abogado le aconsejó que no le hablara, porque después de aquel incidente no volvió a dirigirle la palabra.

Mi madre renunció a su trabajo en el departamento de embalaje de Apple, avergonzada de estar embarazada de mi padre y de trabajar en su compañía, y se fue a vivir a la casa de diferentes amigos. Recurrió a la asistencia social; no tenía auto ni ingresos. Incluso consideró la posibilidad de hacerse un aborto, pero tras tener un sueño recurrente de un soplete que le quemaba entre las piernas, decidió no hacerlo. También pensó en darme en adopción, pero habían trasladado a otro condado a la única mujer de Planificación Familiar en la que confiaba. Trabajó limpiando casas y durante un tiempo vivió en un remolque. Mientras duró el embarazo asistió a cuatro retiros de meditación silenciosa, en parte porque la comida era abundante. Mi padre siguió viviendo en Cupertino, hasta que compró la casa de Monte Sereno, donde más tarde iríamos a buscar el sofá.

En la primavera de 1978, cuando mis padres tenían veinticuatro años, mi madre me dio a luz en la granja de su amigo Robert, en Oregon, con ayuda de dos parteras. El

trabajo previo y el parto duraron tres horas, de principio a fin. Robert tomó algunas fotografías. Mi padre llegó unos días más tarde.

—No es mi hija —les decía a todos en la granja, y sin embargo había volado hasta allí para conocerme. Yo tenía el pelo negro y la nariz grande. Robert dijo:

—Se parece mucho a ti.

Mis padres me llevaron al campo, me tendieron sobre una manta y empezaron a pasar las páginas de un libro de nombres para bebés. Él quería llamarme Claire. Cada uno propuso varios nombres, pero no lograron llegar a un acuerdo. No querían ponerme uno de esos nombres trillados, la versión corta de un nombre más largo.

—¿Qué te parece Lisa? —dijo al fin mi madre.

—Sí. Ese nombre me gusta —dijo él alegremente.

Y se marchó al día siguiente.

—¿Lisa no es la abreviatura de Elizabeth? —le pregunté a mi madre.

—No. Lo buscamos. Es un nombre distinto.

—¿Y por qué lo dejaste elegir si se comportaba como si no fuera mi padre?

—Porque *sí* era tu padre —dijo ella.

En mi partida de nacimiento mi madre me anotó con los dos nombres, pero sólo con su apellido: Brennan. Incluso dibujó algunas estrellas en los márgenes del papel: siluetas con el centro hueco.

Algunas semanas más tarde mi madre y yo nos fuimos a vivir con su hermana, Kathy, a un pueblo llamado Idyllwild,

en el sur de California. Mi madre todavía recibía asistencia social y mi padre nunca vino a visitarnos ni colaboró con los gastos de manutención. Nos fuimos de allí luego de cinco meses, y dimos comienzo a una serie de mudanzas.

Durante el tiempo en que mi madre estuvo embarazada, mi padre comenzó a trabajar en la computadora que más tarde se conocería como Lisa. Fue la precursora de la Macintosh, la primera computadora de consumo masivo con mouse externo —del tamaño de un trozo de queso— y software incluido, además de dos disquetes rotulados LisaCalc y LisaWrite. Pero era demasiado cara para el mercado y fue un fracaso comercial; mi padre empezó siendo parte del equipo que trabajó en el desarrollo de Lisa, pero más tarde, con el equipo Mac, comenzó a trabajar en su contra, a competir con ella. El modelo Lisa fue discontinuado y las tres mil unidades que no se vendieron fueron enterradas en un basural en Logan, Utah.

Hasta que cumplí dos años, mi madre trabajó limpiando casas y como camarera para complementar los pagos de la asistencia social. Mi padre no nos ayudó; mi abuelo y sus hermanas, por su parte, nos ayudaban de vez en cuando, aunque no demasiado. Mi madre consiguió una niñera que me cuidaba en la guardería infantil de una iglesia, dirigida por la propia esposa del pastor. Durante unos meses, vivimos en una habitación que ella había encontrado en una cartelera de anuncios, destinada a mujeres embarazadas que evaluaban la posibilidad de dar en adopción.

—Tú llorabas; yo lloraba contigo. Era tan joven, no sabía qué hacer y tu tristeza me llenaba de pena —dijo mi madre sobre aquellos años. Me pareció un error. Una unión demasiado intensa. Y sin embargo siento que me forjó, y que a veces, incluso, me hizo sentir muy poderosa ante otras personas. La ausencia de mi padre hizo que las elecciones de mi madre parecieran más dramáticas, como proyectadas sobre un telón oscuro.

Más tarde la culpé por haberme criado de tal manera que me resultaba difícil dormir en habitaciones que no fueran sumamente silenciosas.

—Deberías haberme acostumbrado a dormir en lugares ruidosos —le dije.

—Pero es que no había nadie cerca —me respondió ella—. ¿Hubieras preferido que golpearan ollas y sartenes a tu alrededor?

Cuando cumplí un año consiguió un trabajo de camarera en el Varsity Theatre, un cine arte y restaurante de Palo Alto. Además, encontró una buena guardería, no demasiado cara, cerca del Downtown Children's Center.

En 1980, cuando yo tenía dos años, el fiscal del distrito del condado de San Mateo, California, demandó a mi padre por el pago de los gastos de manutención infantil. El Estado le exigía a mi padre que cumpliera con los gastos de manutención y que le reembolsara los pagos ya realizados en concepto de asistencia social. La demanda, iniciada por el Estado de California, fue presentada a nombre de mi madre. La respuesta de mi padre consistió en negar su

paternidad; más aún, en una declaración juró que era estéril y señaló a otro hombre como mi progenitor. Y luego de que los registros dentales y médicos del hombre señalado por mi padre fueron presentados como pruebas y no coincidieron, sus abogados sostuvieron que “entre agosto de 1977 y principios de enero de 1978, la demandante mantuvo relaciones sexuales con cierta persona, o personas, cuyos nombres el demandado desconoce, pero no así la demandante”.

Me pidieron que me hiciera pruebas de ADN, que eran nuevas por entonces, y se realizaban con sangre en vez de células bucales. Mi madre me contó que la enfermera no podía encontrarme ninguna vena y no dejaba de pincharme una y otra vez, mientras yo lloraba. Mi padre también estaba allí, puesto que el tribunal había establecido que todos debíamos llegar al hospital a la misma hora. En la sala de espera, mis padres se mostraron amables entre sí. Y más tarde se conocieron los resultados: de acuerdo con la capacidad de medición de los instrumentos de entonces, la probabilidad de que estuviéramos emparentados era la más alta: 94,4%. El tribunal le exigió a mi padre que cubriera los pagos atrasados de la asistencia social por una cifra cercana a los 6.000 dólares, además del pago de 385 dólares mensuales en concepto de manutención infantil, que él aumentó a 500 dólares, y la cobertura de mi seguro médico hasta que cumpliera dieciocho años.

Se trata del caso 239.948, archivado en microficha en el Tribunal Superior del condado de San Mateo: la